

Alain de Benoist

Francia: la revuelta de los estudiantes

(avril 2005)

Al comienzo, una mayoría de franceses apoyaba el proyecto de CPE («Contrato de primer empleo»). Al cabo de un mes la mayor parte se oponía al mismo. Entretanto se extendió el movimiento a los alumnos de enseñanza secundaria, a los adultos y finalmente a toda Francia. Las manifestaciones del 28 de marzo reunieron a más de dos millones de manifestantes de diversas edades y condiciones profesionales, y ello pese a que el CPE solo afecta a los jóvenes de veintiséis años. Eso demuestra que este proyecto de ley se ha convertido en un pretexto, y que hoy cualquier chispa puede convertirse en un incendio.

Si el gobierno ha conseguido que, frente a él, se alcen de manera unánime clases sociales cuyos intereses no eran necesariamente convergentes, ello significa que la oposición a este proyecto se ha cristalizado en un descontento más vasto, al tiempo que ha puesto de manifiesto la existencia de un temor generalizado ante el futuro. Y ello pese a que este proyecto, aun siendo ciertamente criticable (pues preveía un periodo de prueba de dos años durante el que se hubiera podido despedir a los jóvenes sin ningún motivo, con lo que se habría agravado la precariedad de sus empleos), era finalmente de poca importancia.

El caso del CPE refleja evidentemente el bloqueo general de la sociedad y sus disfunciones. Francia es hoy en día un país bloqueado. Su clase política, la más vieja de Europa, data de la era Breznev. Sus elites económicas se van a instalar al extranjero. Ya no funciona su modelo social. Cualquier proyecto de reforma tropieza con oposiciones infranqueables. Han desaparecido los cuerpos intermedios, están en crisis las instituciones y el nivel de sindicalización es uno de los más bajos de Europa. Hay que añadirle el clima de fin de reino que caracteriza el último año de la era Chirac, el hecho de que en las elecciones los partidos gubernamentales ya sólo totalizan un tercio de los votos, las patologías sociales derivadas de la inmigración, el envejecimiento de la población, la deuda pública (un 66,8% del Producto Interior Bruto) y el aumento de los déficits, la incertidumbre que pesa sobre las pensiones y el sistema de salud pública, la crisis de la representación y la generalizada deslegitimación de la clase político-mediática, la ruptura entre «la Francia de arriba» y «la Francia de abajo». He ahí otras tantas causas de morosidad y angustia. El sociólogo Marcel Gauchet no duda en hablar de «desesperación colectiva».

Francia no sólo tiene una de las tasas de desempleo más altas de Europa (afecta a casi un 10% de la población, pero a un 24% de los jóvenes y hasta un 50% de los que provienen de la inmigración). La sociedad francesa también se ha modificado profundamente. Durante mucho tiempo ha funcionado el modelo clásico del «vertido» teorizado antaño por Alfred Sauvy: los beneficios acumulados por las clases superiores volvían a bajar a lo largo de la pirámide social, de forma que acababan beneficiando a todo el mundo. Ya no es verdad. Al modelo de la pirámide le ha sucedido el del «reloj de arena»: cada vez los ricos se enriquecen más y los pobres se empobrecen más, mientras que las clases medias corren por primera vez el riesgo de perder su posición social: entre los sindicatos franceses, los ejecutivos son más numerosos que los obreros. Ahora bien, era la «Francia del medio» la que estabilizaba antes a la sociedad global. Tan pronto como se avería el «ascensor social», los «protegidos» de ayer se convierten en los «amenazados» de hoy, y es toda la sociedad la que está a punto de derrumbarse.

En un año Francia ha conocido tres grandes crisis: el «no» al proyecto de Constitución europea el pasado mes de mayo, el incendio de los suburbios en noviembre y la revuelta contra el CPE. Estas tres crisis eran muy distintas y no tenían los mismos actores. Pero también tenían puntos comunes: la acusación de las elites, la angustia ante el futuro, la indiferencia hacia las instituciones. Las tres, por lo demás, no han conducido a nada: el «no» al referéndum no ha permitido formular ningún proyecto alternativo, los amotinados de los suburbios no pedían nada preciso, los opositores al CPE quieren ante todo mostrar su inquietud. Las luchas sociales ya no encuentran ninguna salida política. Lo cual confirma los límites de la democracia representativa ante las aspiraciones de la sociedad.

En el curso de su historia, Francia nunca ha sido capaz de reformarse suavemente. En el siglo XVI fueron necesarias las guerras de religión para pasar del fanatismo religioso a una cierta forma de tolerancia. En 1789 fue precisa una Revolución para acabar con el Antiguo Régimen. «La ruptura es consustancial a nuestra historia», decía recientemente el historiador Jacques Marseille. Ello se debe a que Francia es un país en el que la vida política ignora tanto el diagnóstico compartido como el deseo de alcanzar un consenso.

Hoy los franceses ven claramente que la política ya no soluciona nada, porque nuestra época es la de la toma de poder por la economía. Una economía que ya no está al servicio de los hombres, sino cuyo sistema pone los hombres al servicio de sus

exigencias de rentabilidad y de provecho. Ven que Francia nunca ha sido tan rica, pero que su riqueza nunca ha estado tan mal repartida. Ven que, en el mercado del empleo, la precariedad y la inseguridad se convierten en norma general. Ven perfilarse en el horizonte una sociedad fundada en la guerra de todos contra todos. Cada día miden un poco más el abismo entre la sociedad real (el «pueblo social») y la bipolaridad artificial del país legal. Y por primera vez piensan que sus hijos vivirán peor que ellos. El futuro, que antes era portador de esperanzas, ahora se percibe como portador de amenazas. Es lógico, en estas condiciones, que la calle intente dictar su ley.

La comparación que se ha podido hacer con mayo del 68 no deja de ser completamente errónea. En 1968, no se planteaban la cuestión del paro, y los estudiantes se preocupaban menos por su futuro profesional que por la «revolución»: ¡querían cambiar la vida y la sociedad! En 2006 ya no quieren cambiar la sociedad: es, por el contrario, ella la que les ha cambiado. Ya no creen que sea posible otra sociedad. Viven la suya bajo el horizonte de la fatalidad. En mayo del 68 criticaban la sociedad de consumo. En 2006 quieren ante todo asegurarse la posibilidad de consumir durante toda su vida. Por eso quieren a la vez que todo cambie y que nada cambie. Una exigencia difícil de atender.

Alain de BENOIST